

EL P. AUGUSTO ANDRES ORTEGA, CMF

(In memoriam)

El 5 de febrero de 1983 muere en Zafra (Badajoz) el P. Augusto Andrés Ortega, profesor durante algunos años en la Universidad Pontificia de Salamanca. A la espera de un estudio riguroso sobre lo que representó su personalidad en el panorama filosófico-teológico de nuestra patria, adelanto ahora unas notas escritas a vuela pluma y surgidas fundamentalmente del cariño y respeto que le profesamos cuantos le conocimos de cerca.

Había nacido en Villavedón (Burgos) el 7 de octubre de 1904. Hizo su profesión religiosa en la congregación claretiana el 15 de agosto de 1922, siendo ordenado sacerdote el 1 de setiembre de 1929.

Realizó sus estudios seminarísticos en varios colegios claretianos de España. Terminada la carrera sacerdotal, se doctora en Filosofía y Teología en las universidades romanas. Este último dato no es episódico sino altamente significativo, ya que delimita el terreno fronterizo en que va a desarrollarse su actividad intelectual, terreno que comparte con otros pensadores de la época, entre los cuales se puede citar al mismo Zubiri. Su tesis doctoral de filosofía versó sobre la analogía del ser. El P. Ortega completó su formación filosófico-teológica asistiendo en Alemania a varios cursos, impartidos por profesores de prestigio. También amplió estudios en Bélgica, mediante una beca de la Fundación March. A todo lo anterior hay que agregar que fue un incansable lector, siempre alerta a las novedades que se producían dentro y fuera de nuestras fronteras, y con un gran poder de asimilación y crítica.

El P. Augusto ejerció la docencia en varios centros eclesiásticos: Seminario Diocesano de Sigüenza, Teologado Claretiano de Zafra, Estudio Teológico de Burgos, Facultad Teológica de Granada, Seminario Metropolitano de Sevilla, Universidad Pontificia de Salamanca, «Claretianum» de Roma... Por lo que respecta a su docencia en la Universidad Pontificia de Salamanca, cabe distinguir dos etapas. En la primera (1947-53) imparte varias disciplinas: Introducción General a la Filosofía, Lógica, Introducción a la Filosofía Natural, Ordenación de las Ciencias y Psicología Racional. En la segunda etapa (1970-1975) explicó la Crítica durante un semestre cada año.

También ejerció la enseñanza en ambientes no eclesiásticos. De una manera asidua y durante varios cursos lo hizo en el Instituto de Estudios Políticos, del cual fue miembro y colaborador. Dio conferencias y orga-

nizó seminarios en la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo» de Santander. Participó en las Conversaciones de Gredos y en otros muchos acontecimientos culturales de su tiempo. Resulta casi imposible seguirle en su actividad de conferenciante, que prodigó generosamente a lo largo de su vida y ante auditorios a veces un tanto heterogéneos.

Como docente, el P. Ortega rompió un poco los moldes académicos tradicionales. No fue un profesor al uso, que sabe y transmite la lección. Si distinguimos entre profesor y maestro, habría que atribuirle el segundo título más que el primero. Impulsaba a los alumnos a vivir o recrear la filosofía y la teología, antes que a aprenderlas de manera rutinaria. Incluso en clase fue un gran conversador. Aunque aparentemente su discurso era monológico, en realidad siempre se dirigía a un interlocutor invisible, al que atacaba o respondía según los casos. Cultísimo, profundo, brillante, vital, intuitivo, apasionado, sugerente más que sistemático..., son los calificativos que con mayor frecuencia le aplican sus discípulos. Los conceptos fluían en él de una manera espontánea a través de una dición perfecta, de un verbo exacto y cálido que suscitaba el interés de cuantos le escuchaban.

En cambio, el P. Augusto se encontró con serias dificultades para escribir. Por una parte, padecía —en frase que le gustaba repetir— una especie de «estreñimiento crónico expresivo». Le costaba acertar con el modo de plasmar en las cuartillas aquellas ideas que surgían a borbotones en su mente creadora. Por otro lado, tenía un miedo cerval, un verdadero pánico a la crítica. Estos dos factores determinaron su estilo —un poco torturado— y la parvedad de su producción. A pesar de ello, nos dejó escritas algunas obras y bastantes artículos, esparcidos en actas de congresos, homenajes y revistas, como Escorial, Revista de Estudios Políticos, Bolívar, Ilustración del Clero, Estudios Trinitarios, Revista de Filosofía, Revista de Espiritualidad, etc.

Ofrezco a continuación una breve selección de su obra publicada, fijándome sobre todo en aquellos títulos que tienen mayor relación con la filosofía:

- «Siluetas filosóficas», en *Ilustración del Clero* (Madrid 1935).
- «Fundamento de nuestra relación con Dios», en *Ilustración del Clero* (Madrid 1935).
- «Sobre Bergson», en *Ilustración del Clero* (Madrid 1941).
- «El concepto de persona como base para un mejor entendimiento de la patria», en *Escorial* (Madrid 1941).
- «En torno a la mística», en *Escorial* (Madrid 1942).
- Razón teológica y experiencia mística* (Edit. Nacional, Madrid 1944).
- «El conocimiento del ser», en *Estudios Claretianos*. Santo Domingo de la Calzada (Logroño 1950).
- «Conceptuación y mística», en *Revista de Filosofía*, I, n. 42 (Madrid 1952).
- «Situación actual y sentido del evolucionismo», en *Congreso de Cien-*

cias Eclesiásticas, celebrado en la Universidad Pontificia de Salamanca en 1954, Secc. II: *El evolucionismo en Filosofía y Teología* (Barcelona 1956).

«Persona humana, comunidad y sociedad», en *Revista de Estudios Políticos*, n. 108 (Madrid 1960).

«Dios y el problema del mal», en *Actas de la II Semana de Filosofía* (Madrid 1955).

«La historicidad humana» en *Actas del XIII Congreso Internacional de Filosofía* (México 1963).

«La dimensión religiosa del pensamiento de Séneca», en *Actas del Congreso Internacional de Filosofía* (Córdoba 1965).

«Crítica sobre *Offenbarung und Überlieferung*», de K. Rahner y J. Ratzinger, en *Quaestiones Disputatae*, n. 25 (Barcelona 1965).

«La herencia de Karl Barth», en *Ilustración del Clero*, n. de febrero (Madrid 1969).

«Cristo, su conciencia humana y su persona divina», en *Homenaje a Zubiri* (Madrid 1970).

«Vivencia cristiana en el mundo actual», en *Estudios Trinitarios* (Salamanca 1970).

«Renovación de la Filosofía», en *Philosophia* (Barcelona 1971).

Como se puede observar por esta pequeña muestra, el P. Ortega abordó temas bastante dispares en sus trabajos publicados; lo mismo puede afirmarse de los inéditos. Sin embargo, todos ellos estaban enfocados desde una perspectiva metafísica, más concretamente desde una peculiar interpretación del *ser* y la *esencia* —ya apuntada en los comentarios de Báñez y Ledesma a Santo Tomás— que le permitía una visión más heraclíteica que parmenídea del mundo y del hombre. No resulta incidental su preocupación por la historicidad humana. A lo anterior hay que agregar que, aun tratándose de asuntos estrictamente filosóficos, siempre dejaba abierta —o al menos entornada— la puerta a la transcendencia y a lo sobrenatural. Por último, a los temas teológicos les ponía con frecuencia como trasfondo o último plano la *philosophia prima*.

Pero, más importante que su bagaje cultural fue —según mi modesta opinión— el hecho mismo de la presencia del P. Ortega en el mundo cultural de su tiempo. Me refiero especialmente a la época difícil de la postguerra española. Muchos han hablado de corte, cesura, vacío, discontinuidad, yermo... cuando han querido historiarla. La verdad es que al menos un grupo intentó salvar el bache producido por la masiva emigración de intelectuales y el trauma del conflicto fratricida; ese fue su mérito y su tragedia. Alguien lo ha bautizado —un tanto despectivamente— con el nombre de «Falange Ilustrada», aunque no fueran falangistas todos cuantos lo integraban. A través de la enseñanza oral, de sus libros y de los artículos publicados en revistas como *Escorial*, *Revista de Estudios Políticos*, *Revista de Pedagogía*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, etcétera, mantuvieron viva la conexión con el pensamiento europeo y

con el de los transterrados, sin renunciar por ello a la rica tradición cultural de nuestra patria.

El P. Ortega estuvo activa y significativamente presente en el citado grupo como sacerdote, filósofo-teólogo y amigo. Precisamente, de aquellos años data su gran amistad con muchos de sus componentes y con otras figuras relevantes del momento: E. d'Ors, Zubiri, Fco. J. Conde, D. Ridruejo, P. Laín Entralgo, F. Sopeña, Aranguren, Valverde, Panero... Esta amistad y la relativa novedad de su doctrina le valieron la incompreensión por parte de los sectores integristas de la época.

Como homenaje a la docencia que impartió en la Universidad Pontificia de Salamanca, se incluye a continuación un artículo suyo todavía inédito, que lleva por título *La vida y su metafísica*. El P. Ortega —por la razón apuntada en líneas anteriores— dejó sin publicar muchas cosas sobre la persona humana, la evolución... Algunas se encuentran en estado embrionario. Otras, bastante elaboradas, como un comentario a las Moradas de Santa Teresa. Varias, terminadas del todo. Entre estas últimas he escogido el artículo *La vida y su metafísica* por dos motivos. El primero, la celebración del centenario de Ortega y Gasset; el artículo gira todo él en torno al pensamiento del gran pensador español. El segundo, porque refleja bastante bien su actitud filosófica.

FRANCISCO RODRIGUEZ PASCUAL